

Pero olvidándose el caudillo indio de los augures, y buscando en sus propias fuerzas la energía necesaria para intentar de nuevo el triunfo, atacó segunda vez la fortaleza.

Poco tardó en convencerse de lo inútil de sus esfuerzos.

Los indios se retiraron en el mayor desconcierto, dejando gran número de cadáveres y de heridos.

Hernan Cortés, al verlos huir, dispuso que una gran parte de sus soldados y todos los jinetes corrieran en su seguimiento.

Para consternar más y más al enemigo, mandó poner en los pretales de los caballos ruidosos cascabeles, y como en medio de la noche oyeron aquel sonido inesperado los indios, su pavor se aumentó, y Xicotencal no bastó á contenerlos.

Muchos quedaron en el cuartel general del jefe indio.

La mayor parte regresaron á la ciudad, y comunicaron su desesperacion á sus hermanos, desmintiendo la creencia de los augures.

Parece todo esto fabuloso, y sin embargo la *Historia de la Conquista de México* ofrece en cada una de sus páginas escenas como la que acabamos de referir.

## CAPITULO XCI.

¡La única esperanza de un pueblo derrotado!



GUARDABAN con ansia los tlaxcaltecas desde la ciudad el resultado de la última tentativa que su general en jefe iba á llevar á cabo, para reducir á los españoles.

Los adoratorios estaban llenos de fieles, que suplicaban á sus ídolos que favoreciesen el esfuerzo de sus soldados.

Pero la ansiedad quitaba la devocion, y aquella noche velaron casi todos los tlaxcaltecas esperando en los alrededores de la ciudad la llegada de emisarios que participasen el triunfo de la justicia.

¡Cuán grande fué la consternacion de los tlaxcaltecas al saber las primeras noticias de la frustrada sorpresa de Xicotencal!

Inmediatamente se transmitieron unos á otros la fatal nueva, y el pueblo en masa pidió que fueran castigados los augures.

—Su ciencia es falsa, decian unos.

—Nos han engañado, exclamaban otros.

—Los enemigos son más poderosos que nosotros; saben más.

Y todos á una se agolpaban á las puertas del senado para pedir a los senadores que propusiesen la paz con los españoles, porque ya desesperaban de vencerlos.

¡Qué agitacion, qué desaliento, qué amargura para los tlaxcaltecas!

Las esposas preguntaban por los esposos que habian ido á luchar por la patria.

La mayor parte de las familias no recibian de los seres queridos de su corazon más que un cadáver yerto.

Los senadores hicieron entónces justicia á las palabras de Magiscatzin.

—Tenia razon, decian; esos extranjerós son los séres sobrenaturales cuya venida han anunciado nuestros dioses.

No hay más remedio que acatar su voluntad, que aceptar la paz que nos brindaron al principio, y que desechamos para nuestra desventura.

—Pero al mismo tiempo, exclamó otro, es preciso castigar á los falsos augures, porque ellos han sido causa de la última y más espantosa derrota que hemos sufrido.

—Sí, sí; que sufran el castigo que merecen, exclamaron todos.

Y á esos gritos de los senadores se unieron los de la plebe, que pedia con verdadera furia el castigo de los augures.

Miéntas que enviaba Magiscatzin soldados en busca de los magos, acordaba el senado por unanimidad que partiese adonse hallaba Xicotencal una comision de senadores, con el objeto de proponerle que pusiera término á las hostilidades, y que dejase el paso franco á los españoles.

Inmediatamente partieron los senadores.

La muchedumbre en tanto se agolpaba en torno de los augures, á quienes conducian presos al senado los agentes de Magiscatzin.

Las tinieblas de la noche desaparecian.

Los primeros rayos del alba iluminaban aquella escena terrorífica.

Marchaban los augures al senado con la cabeza hundida en el pecho, con los ojos bajos, con el temor pintado en el rostro, con el desaliento más profundo en todo su sér.

Acompañaba su marcha un terrible griterío.

La plebe llenaba de improperios á aquellos hombres que les habia engañado.

Y cuando se presentaron ante el supremo tribunal de la república, la exacerbacion popular se aumentó con la indignacion de los senadores.

—Habeis sido unos miserables, exclamó Magiscatzin con voz solemne.

Vuestra ciencia es mentira, y si no lo es, vuestra dignidad no tiene ejemplo.

De todos modos, es necesario que sufrais el castigo que habeis merecido.

Tres de vosotros, los que más influencia habes ejercido en nuestro ánimo, los que con más seguridad habeis indicado el medio de vencer á los españoles, sereis inmediatamente inmolidos ante el ara de nuestros ídolos.

Los demas serán entregados al desprecio del pueblo, para que nunca crea en sus augurios.

Dictada la sentencia, fueron trasladados los reos al oratorio principal de la ciudad, en donde los sacerdotes, prevenidos de antemano aguardaban á las víctimas para inmolarlas.

Los tres augures salpicaron con su sangre el ara.

El pueblo, profundamente preocupado por los sucesos que estaba presenciando, se trasladó desde el adoratorio hasta el senado, donde acababa de llegar la comision de senadores que habia conferenciado con Xicotencal.

El caudillo de las tropas tlaxcaltecas se negaba á obedecer las órdenes del senado.

—No se vence á los hombres como yo, habia dicho.

Miéntas me quede un solo soldado, miéntas haya una sola gota de sangre en mis venas lucharé con los españoles hasta vencerlos.

Decid á la república que he tomado su defensa, y que solo volveré á su seno, ó muerto, ó victorioso.

Esta respuesta consternó á los tlaxtaltecas.

Xicotencal estaba unido con Amaiza, jóven india de peregrina belleza, de la que tenia dos hermosos hijos.

Hasta entónces Amaiza habia permanecido solitaria en su morada.

Creía en el valor de su esposo, y estaba segura de verle llegar de un momento á otro con la auréola de la victoria.

Supo que habia sido vencido.

Pero no quebrantó su creencia esta noticia.

El mismo Magiscatzin, seguido de gran número de senadores y altos dignatarios fué á buscar á Amaiza.

—Es necesario que salves á Tlaxcala.

Cuantos esfuerzos ha hecho tu marido para vencer á los españoles han sido inútiles.

El destino los trae á nuestro suelo, y es necesario acatar su voluntad.

Xicotencal no quiere obedecer nuestras órdenes.

Podíamos arrebatár de sus manos el mando de las tropas.

Pero no queremos dar este triste ejemplo.

Ve tú, lleva á tus hijos, preséntate á tu esposo.

Pídele en nombre de los tlaxcaltecas que renuncie á la venganza que abriga su pecho.

Haz que acepte la paz con los extranjeros, y que con ella libre á nuestra desventurada patria de las terribles amarguras que la esperan.

A las súplicas de los senadores se unieron las de todas las mujeres que tenían en el ejército á sus hijos, sus maridos ó sus hermanos.

—Convéncele por piedad, exclamaron todos.

Amaiza se conmovió, y abandonando su morada, llevando de la mano á sus hijos:

—Yo os volveré la paz, exclamó.

Púsose en marcha hácia donde se hallaba su esposo.

Pero mandó que la dejaran ir sola.

Lo que yo no pueda conseguir de Xicotencal, dijo, no la conseguirá nadie.

Dos horas despues se presentaba al enfurecido caudillo de los tlaxcaltecas.

## CAPITULO XCII.

### Fanatismo.



COMPRENDIÓ Xicotencal desde luego el objeto de la llegada de su esposa.

Amaiza cayó de hinojos á sus piés, y presentándole á sus dos hijos:

—Por ellos y por mí, te ruego, esposo mio, que obedezcas los órdenes del senado y devuelvas la paz á la república.

—No, mil veces no, exclamó Xicotencal.

—¿Quieres unir una nueva derrota á las que ya ha experimentado tu ejército?

—Quiero vengar la sangre derramada de mis soldados, quiero luchar hasta el último instante con los extranjeros.

—¿Ignoras que los protegen los dioses?

—Poco me importa que los protejan; yo estoy seguro que he de vencerlos.

Amaiza añadió nuevas súplicas á las que ya habia formulado, y Xicotencal, que la amaba tiernamente, despues de contemplarla:

—Oye y comprenderás mi resolucion, dijo.

Amaiza escuchó con la mayor atencion.

—Pronto hará treinta lunas que que una noche, volviendo tarde á mi morada, ántes de penetrar en ella, entré en el adoratorio.

La soledad y el silencio reinaban en aquel asilo.

Un butío me había contado que llegaría para Tlaxcala un día terrible.

—Séres extraños, sobrenaturales, me había dicho, caerán sobre nuestra patria para esclavizarla.

«Todas las culpas de nuestros mayores serán castigadas en nosotros.

Bajo la impresion de esta profecía, continuó Xicotencal, no pude ménos de pensar en su cumplimiento.

Al encontrarme solo en el adoratorio mi corazón se estremeció.

Permanecí algun tiempo estático, y al cabo una vision se apareció á mi vista.

Tenia una forma extraña.

Su aspecto todo me horrorizaba.

Su acento heló la sangre en mis venas.

No temas, Xicotencal, me dijo; esos hombres extraños que han de caer un día sobre nuestra raza como un azote del cielo, podrán ser vencidos por el guerrero más esforzado de Tlaxcala.

«Nuestros dioses no quieren que continúe por más tiempo el poder del senado.

«En México hay un emperador.

«Su valor le ha conquistado el cetro.

«Tlaxcala no debe ser ménos grande que el imperio de Moctezuma.

«El vencedor de los enemigos de Tlaxcala será aclamado por todos los tlaxcaltecas, y convertido en emperador.

—Esto me dijo aquella vision, y desapareció rápidamente.

Desde aquel instante un vehemente deseo hay en mi alma.

No temia, y esperaba á los enemigos de Tlaxcala.

He deseado su llegada.

He pasado muchas noches en vela ideando los medios de vencerlos cuando se presentaran.

Esa ocasion ha llegado.

Yo he logrado alcanzar gran prestigio como guerrero entre los tlaxcaltecas.

Al acercarse los extranjeros, he logrado que me confien el mando supremo del ejército.

He luchado y he sido vencido.

Mientras me quede un solo soldado lucharé, y mi corazón me dice que al fin venceré.

Si venzo, Amaiza, la república se convertirá en un imperio poderoso, que dará envidia al de Moctezuma.

Si es preciso, lucharé con él y tendré dos imperios.

¿Comprendes, esposa mia, las razones que tengo para seguir los impulsos de mi corazón y desobedecer al senado?

Si yo te ofrezco un trono, si yo te ofrezco gloria y riquezas para mis hijos, ¿no es preferible la muerte á haber soñado estos triunfos y no conseguirlos?

Parte, Amaiza, parte de nuevo á Tlaxcala, dí al senado que estoy seguro de vencer; que si no venzo, vale más morir con honra que doblegarse á un enemigo, que presentándose como conquistador, procurará esclavizar á los tlaxcaltecas.

Amaiza conocia á Xicotencal.

Era imposible disuadirle.

Apénas escuchó sus últimas palabras, se despidió de su esposo y volvió á la ciudad.

Al ver que habia sido inútil la presencia de Amaiza, enviaron un segundo mensaje los senadores á Xicotencal.

Pero el caudillo de los indios negándose rotundamente á obedecer las órdenes de Magiscatzin:

—Decidles, contestó, que el verdadero senado lo componemos mis soldados y yo, y que si los senadores abandonan á la patria, yo estoy resuelto á morir peleando por ella.

Después de dar esta respuesta, hizo los preparativos necesarios para emprender un segundo ataque.

A la energía unia la astucia.

Necesitaba saber à fondo la situacion en que se hallaban las fortificaciones de los españoles, y al efecto, enterado de que muchos de los indios de los alrededores del cuartel general de los extranjeros solian llevarles provisiones, que aceptaban ellos con el mayor gusto, hizo que unos cuarenta soldados suyos pasaran à los ojos de los españoles como abastecedores, y cargados de maíz, gallinas y otras provisiones, los envió á la presencia de Hernan Cortés.

Les encargó que con el mayor cuidado examinasen la calidad y consistencia de las fortificaciones.

Convino con ellos en una señal que haria para darles à conocer el momento oportuno de atacar à los extranjeros, y una vez de acuerdo, los envió muy temprano.

En seguida reunió todo su ejército, y le distribuyó de la manera más conveniente para dar con seguridad el golpe que proyectaba.

Llegaron los encubiertos espías de Xicotencal al cuartel de sus enemigos, y despues de servirles generosamente las provisiones que llevaban, so pretexto de curiosidad, comenzaron à cumplir la mision que se les habia encargado.

Uno de los zempoales sospechó desde luego la intriga de Xicotencal.

Observando atentamente à los espías, notó que algunos de ellos examinaban minuciosamente las fortificaciones, y se asomaban de cuando en cuando como si esperasen ver à alguien en los caminos que abrian paso hasta el sitio en donde estaban; inmediatamente comunicó à Hernan Cortés las observaciones que habia hecho; Marina, por su parte, confirmó estas sospechas, y Hernan Cortés dispuso que inmediatamente fueran aprisionados y sometidos à una declaracion.

Negaron al principio el verdadero objeto de su visita.

Hernan Cortés les impuso grandes castigos para que declarasen la verdad.

Los más débiles refirieron la mision que les habia confiado Xicotencal.

Acto contínuo, à pesar de encontrarse muy enfermo, tomó las precauciones necesarias para resistir el empuje de los indios. No le bastaba esto.

Necesitaba amedrentar al indómito guerrero, y obedeciendo à una de esas imperiosas necesidades de la guerra, que obligan à los hombres más generosos à cometer crueldades, dispuso que à quince de los espías les cortasen las manos.

Los infelices se presentaron à su vista.

— Os dejo en libertad, les dijo Hernan Cortés.

Id à buscar à Xicotencal, decidle que le espero, y que os envío à su presencia para que podais darle cuenta del estado de mis fortificaciones, y que en vista de las noticias que le llevais, disponga lo más conveniente para atacarme.

Los indios, que estaban atemorizados, obedecieron esta orden.

No tardaron en encontrar à Xicotencal con su ejército, que se acercaba à la fortaleza.

El espectáculo de aquellos hombres horrorizó à todos los soldados de Tlaxcala.

Xicotencal experimentó una ira terrible.

Habian sido descubiertos sus planes, y habia perdido su empresa.

Los indios mutilados le dijeron que Hernan Cortés habia adivinado sus intenciones, y que por no haberlo querido declarar, les habia puesto de aquella manera.

Los españoles adquirieron con este motivo gran importancia à los ojos de Xicotencal.

Vaciló algunos instantes sobre el partido que tomaria.

Resuelto à jugar el todo por el todo, iba à ponerse en mar-

cha, cuando llegó al paraje en donde estaba todo el senado en masa, y á su frente Magiscatzin.

Iba en nombre de la república de Tlaxcala á arrebatarse el mando del ejército.

Xicotencal resistió aún.

Pero los senadores hablaron á los caciques, éstos á su vez hablaron á los capitanes, les impusieron obediencia, y no tardaron todos en abandonar al caudillo.

No tuvo éste más remedio que someterse.

Los caciques volvieron con sus tropas á sus provincias y los tlaxcaltecas se retiraron á la ciudad para deliberar sobre el modo mejor de aplacar el enojo de los españoles.

Estos pasaron toda la noche con la mayor tranquilidad aguardando al enemigo.

Al fin supieron que el ejército se habia disuelto, y que predominaba en Tlaxcala el deseo de pactar con ellos una paz duradera.

Estas noticias se confirmaron al dia siguiente, al ver por la mañana muy temprano aproximarse al cuartel general una embajada de los tlaxcaltecas.

## CAPITULO XCIII.

### La triste necesidad.



RISTE es la condicion de los vencidos!

Aquellos indómitos guerreros, que pocos dias ántes despreciaban á los embajadores de Hernan Cortés cuando iban á proponerles la paz, despues de haberse creido con bastante fuerza para someter á aquellos hombres, á aquellos semidioses, que hasta entónces solo habian conseguido triunfos, completamente abatidos, desesperados de poder contrarrestar el empuje de aquel puñado de hombres, acudían á la paz, que ántes habian despreciado, como su única salvacion.

El senado, cediendo á la presion de las circunstancias, acordó el nombramiento de una embajada para que fuese á proponer á Hernan Cortés la amistad de los tlaxcaltecas, dándole excusas y presentándole la actitud hostil que hasta entónces habian tenido como completamente opuesta al espíritu de los verdaderos habitantes de Tlaxcala.

La comitiva se puso en marcha, en tanto que Xicotencal, herido de muerte por la derrota que habia sufrido, se ocultaba en el fondo de su morada devorado por la fiebre, é inquietaba á su amante esposa Amaiza, porque todo hacia creer que la desesperacion del guerrero iba à acabar con su existencia.

La embajada se puso en marcha.

Desde muy léjos descubrieron los soldados de Hernan Cortés á los que la formaban.